MAREA NEGRA

JOSÉ MIGUEL SERRANO GIL

PRÓLOGO

Siempre fue ingrato y difícil el oficio de poeta. El leer poesía es, prácticamente, patrimonio de una selecta minoría, cada día más reducida; el escribirla, un imposible. ¿Se agota la necesaria capacidad de expresar los sentimientos encauzándolos por los albañales de los versos? Háyase la respuesta en otra interrogante... ¿Quién lee poesía en España? Camina la civilización contemporánea inexorablemente hacia la deshumanización, hacia lo "práctico" bajo los enunciados economicistas. Quedan, pues, al margen los poemas; terreno es ese para los iniciados y terreno es ese en el que aterrizan, aprovechando ignorancia y ausencia de poetas por haberse quemado esa sagrada planta de raíz, toda clase de volatineros y malabaristas del cuento que se arrogan ese título, que no arte ni oficio. No entran en ese cajón las páginas que siguen. La obra de José Miguel Serrano Gil es auténtica poesía. "Marea Negra" es melancolía, a veces pesimismo, nostalgia de "ella"; es también atávico deseo de perdurar en la memoria de un joven poeta que se encuentra en trance de abocar otra fase más serena tras lanzar miradas retrospectivas a la adolescencia. "Marea Negra" es, así mismo, desesperada pregunta a la Historia y es bucear en su Mar.

Es un acierto por parte del Ayuntamiento de Barcarrota la publicación de este poemario de José Miguel Serrano Gil y para mí un placer poner el prólogo a "Marea Negra". Conocía, en parte, las inquietudes y las capacidades de José Miguel; la obra que el lector tiene en las manos las confirma, y lo mismo que yo la sentirá y disfrutará.

Fernando Serrano Mangas

Cuando en lo profundo de su pelo
no hay respuesta
para la pregunta que ya no inquieta...
Cuando quiero dormir y no puedo
y dibujo en mis párpados el rumor de su rostro
dócil a mis manos...
¿Qué me queda en este destierro?
Sobre las costas marea negra o pátina
para las tristes gaviotas de mi alma.

RUMOR DE DIOS

Apenas somos nosotros...
Somos el aliento que se escapa de nosotros:
todo se pierde
más allá de la comisura de los labios.
No, no éramos ni tú ni yo...
Éramos marea de hálito
y hojas persiguiéndose en el relente.
No somos dos...
Somos una sombra que suspira
mientras las palabras se diluyen para siempre en el aire.
Somos uno...
El rubor negro de un misterio.

Era una inundación de ella y de mí en otra parte.
Era entonces. Era cuando callaba.
Siempre, siempre entonces
podría haber dicho las palabras nunca dichas,
poseerte como se poseen la ventisca y las hojas,
el apagón y la cerilla,
el olvido y la risa que es del olvido
la única razón.
Era su olor extinguiéndose en las sábanas:
en cada pliegue una frágil falla,
casi imperceptible una borrachera de constante destrucción
del mundo
en las breves cordilleras nevadas.
Destrucción: guerra mundial
para dos soñolientos.

Despierto.
La persiana es el cedazo que criba
los primeros rayos de luz,
la pausada embestida de la mañana
que se filtra por las ranuras
y comienza a esparcirse por la habitación,
que poco a poco cobra color.
¡Ojalá nunca tuviera que levantarme!
Aquí quiero inmortalizar mi nombre,
en este río invisible de sangre caliente que rocía la vista
y la arrastra sin tregua
hacia el latido eterno
de la calma inmensa
del mar
de su espalda.

Sin remedio,
el claxon de un vehículo ahoga
el silencio que antes ardía en su cuerpo.
El ínfimo vendaval de sus miembros perezosos
esculpe en las sábanas mil formas blandas:
imagino álamos que se levantan
sobre la llanura blanca
y caen de repente
con esa fatiga milenaria
que siempre ví en la niebla.
En pocos segundos
la tierra surca los siglos.
El fin. La calle se lleva
la calma
de la espalda
del mar.

Pero no: late
suavemente.
Despierta.

Yin – Yang:
la carnalidad de su mente y la inteligencia de su cuerpo
en un torbellino brutal entre mis brazos.

AZUL

I

El mar es Ella, sólo Ella,
la eterna palpitación de su Ausencia,
la sal que se disuelve en la inmensa Herida de la tierra.
Pensadla, construidla,
¿acaso no os absorbe la embriaguez del poso,
del recuerdo?
Los pasos en la playa
son como susurros que se elevan en el ocaso.
Tus manos atadas en la espalda sudan tu deseo.
La imaginas envuelta en ti,
el tímido roce inintencionado de la vida.

II

La mar es Ella, sólo Ella.
Se pierde la brisa por las calles.
Siento alejarse las piernas del crepúsculo.
Cae el confeti del espíritu en los adoquines,
ahora que el pudor mira las alcantarillas
y la mente es incapaz de escupir
el letargo de las horas de consciente infelicidad
frente al televisor.
El regusto de la tarde no sabe a nada.
Cabalgas sobre losas de algodón.

III

El mar, la eterna palpitación de su Ausencia.
El seno turgente de los inciertos dioses
que soñaron los antiguos hacedores de sueños.
La lengua que lamía los rompientes
en que erraban mis pensamientos
tras su estela suicida.
El grandioso músculo no concilia el sueño,
cabecea al arredro, presente y futuro
-¡viaja en el tiempo!-
sobre la arena del intemporal duermevela,
aburrido de la Epopeya humana:
repasa la misma y otra Fábula,
igual y diferente,
indiferente y enrabietada.
No hubo Principio, ni Juicio Final;
nunca Moraleja, ni Génesis.
Duele la absoluta inexistencia de fronteras,
el continuo que ensortija la bruma de la Historia
con la planicie ilimitada del mundo.
La traza de la espuma
se mezclaba con nubes y gaviotas.
Mar o Humanidad,
laten las olas,
segundos de la eternidad,
eternidad de los segundos,
tu Existencia, mi Existencia,
siempre igual, siempre otra.
El rumor se extiende en los bosques.
Yace el no lugar de los besos
que nacen con el viento y se hacen viento,
carne de la carne,
mónada, confeti, punto y Universo.

IV

Sana el error la distancia,
La gran mentira el silencio
Apuntalado con más silencio y distancia.
Así, la inmensa Herida de la tierra
Gira en una gota de Sangre Azul en el firmamento.
Ella, igual, otra...
¡Monstruosa humedad!:
aplasta el océano los enigmas y los abismos de la Creación.
Sudor de Dios,
palimpsesto de la Historia y el Universo:
el viento juega a los dados con el incendio.
¿Has soñado, lector?
Ahora, sal de ti.

UNA GOTA EN EL MAR

Inocencia o tarde que lentamente expira
más allá del tedio,
mojas la calma anaranjada
que te envuelve
cuando cierra los ojos el crepúsculo.
Siento cómo te vas alejando,
cómo te acercas a veces
viéndote sin verte
a esa hora en que rebota la desdicha
del cine jubilado en la profundidad anónima
de una acera, en la avenida.
Pasear o esbozar tu silueta
en el lienzo tumefacto de mi conciencia.
Despierto sorprendido por la discontinuidad
con que forman palabras los pájaros.
¡Aun en el lenguaje reivindican libertad!
Los legos sólo escuchamos sílabas dispersas en el cielo
y continuamos esquivando
pedigüeños en pos de la hogaza
que se escapa libre como los pájaros.
De sobresalto en sobresalto:
impele a caminar la muchedumbre
un domingo al anochecer,
las señoras exhibiendo pieles
al reflejo de los escaparates...
La vida espejea en el poema
cuando la mediocridad fluye desde los soportales
y con un soplo seco
dispersa la melancólica escarcha del alféizar
en que contemplabas la desnudez del pasar en el verano,
las peonzas que abajo culminaban círculos como horas
ante la inminencia de una tregua con el sol.

Así, lo presente es la llovizna,
el límite de los pájaros
algo tan incomprensible
como la fatídica funcionalidad del reguero y el alcantarillado.
No hay lugar para ti,
Perpetuo billete de ida,
mi gota de mar.
Encerrada tras el vaho de los cristales,
la trivialidad anega tu estancia.

Se tiene a sí mismo.
A él, siempre a él. Ausencia de ella.
Calla y la escucha en el cielo mudo.

Cuántas veces la aguardó en el solar
y al llegar, la estudiada indiferencia ignoraba la fiebre
que punzaba desde los plátanos
y de su calle las últimas sombras
la envolvían, arrastrándola.
Ni una sola mirada.
Noche inusual,
alfombras de hielo meciendo pensamientos,
coches que veneran el corazón de un semáforo...

En el recibidor se quedaron sus palabras.
No, no era él. Tal ver nunca quiso serlo.
Era mármol con barro de huellas anónimas.
Se quejan jaurías y rapaces de la noche.

La risotada de la duración nunca deja de doler,
de escupir a los ojos.
El invierno esquivó aquellos labios.
No, no fue él. Acaso nunca quiso serlo.

LUZ MACILENTA

Entre la turba, la decadencia.
En el bar sólo se oyen voces,
en el váter se avisa un amasijo de inscripciones.
El tabaco humea melancolía
cuando las copas se confunden con el sudor y la lluvia.
Entonces proyectamos el abismo de la soledad
hacia la desesperanza del fin de la fiesta.
A veces nos sentimos tan en otro lugar
que en medio del sopor imaginamos abrazos de madre,
en esa tibia niebla con que percibimos los senos
de la chica más bella de la estancia.
El vaho engulle la cal de las viejas paredes,
la luz agota el aceite y fantasea tenues sombras.
Lo dicho. El fracaso de las noches de juerga,
la muerte que se barrunta en la lluvia ociosa
cuando el cuerpo cansado y zaherido por la nimia derrota
se entrega por entero a los charcos
y cae en un profundo sueño
tras perderse en el corazón negro de una falsa madrugada.
Tiritan cárdenas las manos
cuando el sudor que una vez empapó la camisa
se enfría con el soplo desganado del viento.
Tan sólo ha sido un mal sueño, un horrendo lapsus.
Al fin se saborean los cuellos salados, que se sacian.
Lo dicho. El estómago juega consigo mismo
cuando días después te alcanza la flecha.

LAS ACERAS

Cansado de cansarme; una larga avenida.
El tráfico expira sobre piedras y pasos olvidados
en cualquier triste acera.
Su mirada me escupía,
sangraba un jaque-mate en octubre...
Hace tiempo que despertaste de nuestros sueños,
sin saber por qué,
entre sombras y bancos
una noche.
Ahora caminas sin temor de encontrar
en las aceras
pa-sos
olvidados

EL RÍO

Luzbel es manzana y me postra ante ti
acogotándome con trenzas inmensas.
Una sombra que silba baraja la oscura hojarasca.
En tu espalda serena grabé mi identidad
a costa de interminables insomnios.
Siempre hay algo parecido a una muerte en vida,
una vida póstuma en cada muerte.
Siempre sauces pudriéndose en el río.
Te infiltras en mí,
te bañas conmigo en la niebla.
Abro los ojos para acariciar tu veraniega desnudez
junto a los árboles podridos:
al azar una noche cualquiera
otra esperanza no haya.

Tus hábiles brazos de araña
en la trasera de un cine de verano.
Soy un insecto metamorfoseado en sombra.
La fabulosa inteligencia de los muslos no teme
la sorprendida franqueza de extranjeras miradas furtivas.
Al igual que los fotogramas,
negamos el azar.
Proferimos tácitas palabras con las manos hermanadas
hasta que, al final, nos levantamos en silencio
tras una última dosis de lenguas y agua salada
en un océano de respiración coagulada.
Dios estuvo siempre al margen
de la húmeda combinatoria que engendra la vida

TECTÓNICA DE PLACAS

Mi mano siente
el latido de tu pecho oculto,
magma e infierno
contra corsé de fuego y celo.
Todo lo corrompe tu mito infranqueable
cuando algunas noches pretendes poner precio
a tu hermosura.

La extranjería,
ya sólo una fortuita escala
en un viaje a ninguna parte.
Amor desenamorado,
rutina, deseo escondido sin conciencia.
Rutina del deseo y deseo de la rutina,
rutina sin solitariedad,
como en el silencio artificial del ajedrecista.
Mosaico de intenciones apresuradas,
piedras en el polvoriento sendero hacia la carne.
La voluntad de supervivencia animal
en el aliento, en el cuello, en los oídos
que aún no escuchan la traición de la satisfacción
porque la carne continúa encontrándose una y otra vez
con la carne.
De nuevo, la conciencia. Inmediatamente después,
vacío absoluto, una llanura de desesperanza:
tanto esfuerzo para que al final no quede más remedio
que reencontrarse consigo mismo, capitular.

YO, NERÓN, QUIERO LA LUNA

¡Está ahí!, ¡está ahí!... ¿No la veis?
El blanco de la diana...
El blanco de los blancos
en la diana de las dianas.
Mis flechas son palabras a la deriva.
Está ahí, maquillada de nubes;
¡siempre ahí!
Ojo de un cíclope-dios del espeso luto,
perla abisal de poetas,
pasaje para Jim.
Ahí, vieja bruja, siempre a la espera,
espera total, absoluta
porque no espera nada, simplemente
espera como la esperanza
y las palabras a la deriva,
flechas fosilizadas por el viento,
la veleta en lo tejados del tiempo.
Muere tras estas paredes
silentes y perezosas como el universo
misteriosamente pura como el maquillaje,
nubes de hollín...
¡Yo, Nerón, quiero la Luna!
Arderá Roma con la única lámpara
que incendia la noche.
La Luna tutela la Tierra,
juez de justicia impecable
con una termitera de seis mil millones de solitarios...
¡Quiero la luna y ella me desea a mí,
césar que sufre por un tiempo que no le pertenece!
Otro necio Ícaro, loco borracho...
¡Cazaré la luna! ¡Prendedla! ¡Perseguidla! ¡Acosadla!
Será víscera y sábana con que arroparme.

¡Esculpiré lunas en la luna,
sutil iris del inmenso luto!
¡Tú...!
Una gota de mar en la oscuridad total
del océano Dios.
¡En las más viles mazmorras
guardaré la pureza de la luna!
Esparciré sus tripas por los muros,
las lavarán las ancianas gotas de las estalactitas.
¡Sí!, algo por lo que morir, entender al fin...
Alienarme en ti,
ser tú para conocerte entera,
pálida inspiración de snob.
¿Habéis soñado?
El otro lado es cosa de unos bondadosos caínes
en peligro de extinción.

EL ÚLTIMO HOMBRE

LA POBREZA DE LA MEMORIA

Ni pasado ni futuro ni acontecimientos ni días
en cadenas a interpretar
desde lo irrefutablemente inmóvil.
Sólo una película en un puñado de fotos,
el bosque en cuatro árboles a cientos de kilómetros,
a cientos de años.

El viejo sacerdote apóstata del celibato.
En los grises cabellos de ella,
el esbozo de un bosque incendiado.
Juntos, se sueñan, se despojan...
No hubo suficiente agua en el océano Dios
para apagar la última llama.

RAPTO

En el recuerdo me invento,
en el invento desaparezco,
en el secuestro del regreso
siempre hay tiempo.
Una medida nada arbitraria:
con el recuerdo se mide el silencio
cuando un secuestro es un invento
con el que huimos de nosotros
para regresar a nosotros, cuando
partimos para volver y vemos
lo que no vimos
o lo que viendo nunca percibimos.
Una medida, muda combinatoria:
en mi rapto me invento.

MORIR EN VIDA

Ni lo uno ni lo otro, sino
sólo lo intermedio.
La nada de este pesaje
es todo
cuanto he de decir.
Todo: temible reducción, valor neutro
de lo abstracto.

El todo de la nada,
la nada del todo...
A tientas en el poblado vacío de lo abstracto,
la inescrutable atmósfera de la catedral
que cuenta la polvorienta historia
del rumor
del silencio.

...observando los pájaros de la adolescencia
tras los visillos, como antes,
antes de que empezaran las migraciones.
No sobrevivieron las especies a la última glaciación:
el finado sonríe plácidamente,
a él nada le duele.
Ya no hay preocupaciones,
nunca hubo preocupaciones.
Nunca -¡ay!- huecos, emboscadas al tiempo,
amor en la alta noche.

DURACIÓN

I

Los ojos se desentendían de la ciencia infusa
del borde del mar en lo negro de sí mismos.
Nunca quema el mar:
comprender es intentar quemar el mar.
No se comprende el error. Se piensa
desde el error o sequía
de motivos para continuar.
En el verano eleático
la razón es epidermis,
siempre profundo epicentro
en un incendio aromático.
Ahora, ceniza, otra tarde
el dandismo consolador del pitillo en la lluvia.

II

Carcoma atmosférica:
la sensibilidad ha encallado
en el escollo de sí misma.
Puede que haya conocido la desgracia
de la hormiga en la encrucijada
y la cancerígena perseverancia de lo Inevitable:
en la termitera sólo podemos ser termitas.

III

Siglos de insomnio en mente y pensamientos.
Pero ya tampoco existe el tiempo: aniquilación
en cuanto forma a priori,
río metafísico sin mar ni origen
en el anverso de lo extremadamente corruptible:
en lo real hay un cementerio clandestino

tras cada segundo;
quiero decir:
una pareja de adolescentes besándose
a unos metros de lo que se descompone para siempre
en el hedor eterno de lo ignoto.

IV

En el río las olas gimen palabras
nunca dichas.

V

Pasear para contemplar la violación del espacio
por el intelecto en la arquitectura
y olvidar mi desesperación.
Desisto.
Abulia geológica como la de la niebla,
condenado a este agujero de pereza sin luz.

VI

He aquí tú,
perfecta inmediatez de dolor.
Para el insomne, oscura estancia,
un mar de silencio,
constelación de esperar extenuadas
sepultadas entre líneas.
He de dormir, amor mío.
He de soñar la ominosa anatomía de unas palabras
nunca dichas,
ya siempre sin ti y sin tu noche.

JOSÉ MIGUEL SERRANO GIL nace en Barcarrota (Badajoz) el 25 de mayo de 1978.

En el año 1995 termina los estudios de B.U.P. y C.O.U., así como el Grado Elemental de guitarra clásica.

Se licenció en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca.

Ha mostrado siempre mucho interés por la literatura, sintiendo preferencia por la poesía a la que considera un vehículo fascinante de comunicación de sensibilidades.

Obtuvo el 2º Premio de Poesía otorgado por el Colegio Mayor Hispanoamericano "Hernán Cortés" de Salamanca.

En la actualidad compagina la labor de la docencia con los estudios superiores de guitarra clásica en el Conservatorio de Música de Badajoz.

M. Jesús Píriz

Universidad Popular de Barcarrota